

Miguel d'Ors

LOS APEROS

La hoz, la guadaña, el azadón, la azada,
el rastrillo, la horca: los aperos
de entonces, en un haz junto al rincón del fuego.
Cada uno con un nombre
como arrancado de la tierra misma:
o fouciño, a gadaña, o eixadón,
o sacho, o angazo, a galla,
y su marca: "Bellota. Patricio Echeverría".
Los aperos de la felicidad.
Cuando la casa era de verdad una casa,
con tres generaciones de voces recorriendo
sus estancias, llenándola de vida,
y las lechugas, las cebollas, los repollos,
los tomates entraban cada día
desde la huerta a la cocina, con
un acompañamiento de tierra y de rocío,
y con ellos el canto erguido de los gallos
y los balidos y mugidos de las cuerdas
y los huevos morenos con alguna plumita
pegada, muy suave, y el cubo desbordante
con la leche caliente de la "Perla" y la "Roxa",
leche espumosa y densa, que dejaba
en nuestras risas un bigote blanco,
y entraban las manzanas, las ciruelas
amarillas, los higos y los albaricoques
bajo cuyo callado desarrollo
habían transcurrido nuestros juegos.
Y allí, fieles, estaban, cerca del fuego, aquellos
aperos que enlazaban la tierra y nuestras manos,
como un símbolo mudo de la vitalidad
de la casa y el campo y nuestras existencias.

5-VI-2014

MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

Elena, en los primeros años de la carrera.
Siempre detrás de ella -hablo literalmente-
por culpa de su nuca a lo Audrey Hepburn,
que me llevaba lejos de la Guerra
de las Galias, los verbos polirrizos,
la materia y la forma
o la poesía medieval en Francia.
A aquella nuca debo parte de mi ignorancia.

Mercedes, que era vasca
y recitaba mucho a León Felipe,
y que aquellas mañanas
tan ásperas, tan negras, tan pamplona,
con sus ojos marinos
iluminaba prodigiosamente
la "villavesa" de las 8 y 20.

Isabel, una estrella fugaz y madrileña
con una cabellera de incendio forestal
que me plantó dos besos cuando nos despedimos,
y yo, que entonces era analfabeto en besos,
venga dándoles vueltas y más vueltas,
y otra vez, por delante y por detrás,
sin llegar a entender lo que decían.
Con aquel par de besos el tonto de miguel
montó una buena torre de Babel.

Paquita, que estudiaba ballet clásico
-por eso su manera de volar
y su cintura de reloj de arena-,
tenía nada más dieciséis años
y los ojos más negros y más dulces
de España y sus provincias africanas.
Todo color de rosa hasta que un día
me dijo que adoraba al *Che* Guevara.

En ese mismo instante se acabó.
Lo siento: era cuestión del *Che* Guevara o yo.

Cada una se fue por su camino.
Ojalá que por él todas hayan llegado
a la felicidad. Sea lo que sea,
hoy quiero darles gracias
a todas ellas por el repertorio
de emociones y sueños y tormentos
que fueron despertando en mi cabeza loca
sin sospechar que allí yo iba a encontrar un día
los materiales para mi poesía.

8-VIII-2015